

Trauma, pasado y presente: sobre la gestión memorialística de la Guerra Civil española

Antonio Gómez L-Quñones

Dartmouth College, New Hampshire, USA

Contact: Antonio Gómez L-Quñones antonio.gomez@dartmouth.edu

ABSTRACT

This essay aims at retracing a brief intellectual and cultural history of how the Spanish Civil War (1936-1939) has, sometimes but not always, played a traumatic/traumatizing role in Spain. The Francoist Regime initially mobilizes the war as its own foundational myth, from which its own political and ideological legitimacy emerges. It is not until the late 1950s that this celebratory rhetorical tone is significantly tuned down in order to respond to the new historical circumstances after World War II. It is precisely at this point that the implicit invocation of the war as a traumatic event gains momentum with the paradoxical support by the left-wing, anti-dictatorial opposition, both within and outside the Iberian Peninsula. During the Transition to democracy and the 1980s, the Civil War is, to a certain extent, semi-absent from the public, political sphere, so as to make the “reconciliación nacional” (national reconciliation) possible. After 1992, the so called “*boom* de la memoria histórica” (historical memory boom) begins on several fronts: literary, filmic, mediatic, judicial, political. In this context, the textual analysis of three important novels by Javier Marías, Manuel Vázquez Montalbán and Javier Cercas helps us to properly understand the ingredients of this complex surge of interest in the Civil War. This essay contends that this new wave of cultural artifacts about the 1930s and 1940s gives us, in fact, more information about our current predicaments after 1989 than about the past itself.

Keywords

Trauma, Spanish Civil War, collective memory, Spanish Communist Party, Francoism, End of utopias

Introducción

El abuso o sobre-uso del lenguaje psicoanalítico en los últimos treinta años, dentro y fuera de los ámbitos académicos, ha terminado por deparar una “popularización del trauma”, una asimilación tan extendida y pronunciada, que ha estado y sigue estando a punto de dejar a este concepto sin ningún contenido real (Stone 2016, 45). Es más, incluso cuando se le otorga a este vocablo un sentido más o menos preciso, el número de experiencias históricas que aspiran a ser encuadradas en él resulta tan (crecientemente) amplio, tan proliferante, que el trauma corre el riesgo de convertirse en una ontología, la condición más esencial de la Modernidad. A esto se ha referido John Roberts cuando habla de una “ontología traumática” (Roberts 2017, 57), es decir, un punto de partida totalizante y constitutivo para la subjetividad y subjetivización moderna. Como consecuencia de lo anterior, la condición traumática trascendería, con mucho, los límites de ciertas vivencias (la guerra, el exterminio, la tortura, el exilio) para abarcar dispositivos mucho más básicos, cotidianos, de la condición moderna (fragmentación, mercantilización, atomización, alienación, incomunicación, etcétera). Obviamente, ante un panorama que comienza a ser inabarcable, parece imprescindible trazar diversas genealogías regionales o nacionales del nacimiento, la adopción y generalización de una palabra (trauma) tan sobrecargada semánticamente. En realidad, no hay “una” sola experiencia del trauma (ni siquiera cuando se refiere a un único hecho histórico), sino diversas trayectorias geopolíticas y temporales de dicha experiencia, así como de su gestión político-cultural. En el caso de España, el uso más o menos extendido de los términos “trauma” y “traumático” se inicia en los años 90 del siglo XX. No es hasta la década de los 90 que se populariza este vocabulario en el lenguaje cotidiano, periodístico y también literario.

Tres son los factores decisivos en la popularización de vocablos que, en la Modernidad, tienen su origen en la psiquiátrica, clínica y pseudo-científica, posterior a la Primera Guerra Mundial. El primer factor que contribuye a esta difusión es el surgimiento del Holocausto como un referente histórico que marca o define la identidad europea, aunque sea de manera negativa. Autores como Norman Finkelstein, Peter Novik, Robert Alter o Timothy Cole (entre otros muchos) han estudiado la aparición de una “industria cultural del Holocausto” que internacionalmente propaga y banaliza/simplifica categorías como “trauma” pero también “memoria”, “memoria colectiva”, “testigo”, “testimonio”, “genocidio” (Finkelstein 2000). Es importante notar un par de elementos en este complejo fenómeno comercial. Ante la manifiesta incapacidad para construir una cierta cohesión europea que eche sus raíces en formas efectivas de identidad colectiva, ante la formalización de dicho proyecto en instancias económicas y burocráticas, el Holocausto y su memorialización surgen como ese mínimo denominador común para todo el continente. Más que el anti-fascismo, el Holocausto funciona como esa moneda simbólica común, esa experiencia compartida, ese punto de referencia fundante en el que tantos países tan distintos (con frecuencia, con intereses opuestos) se identifican productivamente. Digámoslo en unos términos algo más provocativos: para el carné de europeidad, la condición *sine qua non* es el legado compartido, el trauma compartido, del Holocausto. De manera muy inteligente, Isabel Estrada ha demostrado cómo el uso de terminología proveniente de los “Holocaust Studies” (como “exterminio”, “campos de concentración” o “trenes de la muerte”) comienza a ser utilizado en la historiografía de la Guerra Civil española (1936-1939) con el objeto de capitalizar lo que esta autora llama “[a] very questionable authority” (Estrada 2010, 49). Una lectura algo cínica de este hecho pasaría por señalar que, bajo el magnético aura del Holocausto y su recuerdo, la Guerra Civil adquiere un cierto estatus intelectual y político que de otra forma no tendría.

El segundo factor que ayuda a la aceptación masiva del registro del trauma en España es la cercanía lingüística e histórica de las dictaduras militares en el Cono Sur en los años 70 y 80 (fundamentalmente, Argentina y Chile). En estos países, la Junta Militar, el régimen de Pinochet, los desaparecidos y la “guerra sucia” dan lugar a un uso más temprano del paradigma del trauma en el mundo hispánico. Este paradigma solo llega a la Península Ibérica posteriormente y de manera paulatina. En todo caso, estamos ante un caso de triangulación cultural, pues el léxico del trauma llega a España tras su tránsito y reflejo por los escenarios chileno y argentino. Como bien argumenta Luis Martín Cabrera, en estos países se pone en marcha, no sin algunos impedimentos estatales (sobre todo en Chile), iniciativas para el recuento público y oficial de lo ocurrido a los desaparecidos y ejecutados por los regímenes militares, usualmente en la forma de “comisiones” (Martín Cabrera 2011, 11-13). En España coinciden y se superponen, al menos, dos rutas espaciales y dos temporalidades por las que el registro traumático se disemina, se enriquece y también se complica: una estrictamente europea y otra sudamericana. Ambos no son idénticos y un ensayo más extenso que el mío debería dar cuentas de sus diferencias.

El tercer factor que hace del trauma una forma hegemónica de discutir el pasado en España es la “obsesión memorialística”, que Andreas Huyssen ha explicado en varios libros seminales (Huyssen 2003 y 2012). De las muchas ideas de Huyssen me interesa destacar aquí solo una. En el pasado se descubren sentidos y referentes que no se encuentran ya en el futuro. Esto implica una crisis de nuestra vivencia histórica: el re-conocimiento del pasado nos otorga todo aquello que el futuro nos niega desde el punto de vista ético, identitario, pero también político. No es casual que, en una fase del capitalismo protagonizada por la globalización y sus potentes efectos desorganizadores de los Estados-nación, de sus fronteras, demografías, paisajes urbanos, mentalidades sociales y diseños productivos, la memoria haga las veces de un espejo reflector y de un faro orientador. Este espejo nos devuelve una imagen más coherente de nosotros mismos justamente cuando el futuro y, ante todo, el propio presente quedan cooptados y neutralizados por una fuerte presión desarticuladora y nihilista (que no es otra cosa que los resultados de una reorganización del capitalismo tardío). No en balde, el interés por la memoria podría ser entendido, en la feliz expresión de Fredric Jameson, como una “nostalgia por el presente” dada la imposibilidad de concebir y experimentar este último como (parte de la) historia, y no como el tiempo hueco, sin marcas propias y abstracto del neoliberalismo (Jameson 1999, 279-285). El llamado “boom de la memoria histórica” en España forma parte de esta cultura europea u occidental de la conmemoración, rememoración y memorialización del pasado, muchas veces bajo el prisma o lente del trauma.

Antes de comentar la presencia del trauma en España, me gustaría compartir una definición de lo que entiendo por este concepto en este ensayo. Pienso que la definición de Sigmund Freud en *Más allá del principio del placer* (que ya había esbozado en sus *Estudios sobre la Histeria* de 1895) sigue siendo bastante útil como punto de partida (Freud 2021, 35):

Describimos como ‘traumático’ cualquier excitación desde el exterior que es suficientemente potente como para romper (atravesar) el escudo protector. Me parece que el concepto de trauma implica necesariamente una conexión (encuentro) con este tipo de ruptura (grieta) en la barrera, por otra parte, eficaz contra los estímulos. Este evento en tanto que trauma externo está abocado a provocar una perturbación a gran escala del funcionamiento de la energía del organismo y a poner en marcha todas las medidas de defensa.

De la conocida definición de Freud, voy a destacar dos elementos que continúan muy presentes en pensadores actuales del trauma como Dominick LaCapra, Cathy Caruth, Geoffrey Hartman, Roger Kurtz o Michael Rothberg. En primer lugar, Freud ya sugiere que el trauma es esa experiencia que no podemos procesar adecuadamente, esa experiencia que de alguna manera no podemos tener. El trauma es una suerte de no-experiencia. La violencia que ejerce sobre nuestro aparato sensorial, síquico y conceptual impide que podamos convivir normalmente con ese evento. El trauma es inasimilable, y durante mucho tiempo puede ser incluso indecible, no-simbolizable. En algunos casos, esta imposibilidad de simbolización se manifiesta, como sugiere Carlo Bonomi, solo corporalmente a un nivel sicosomático, pre- o post-volitivo (Bonomi 2010, 17). En segundo lugar, esta no-experiencia que desarticula y que hace daño al sujeto provoca muy diversas respuestas. Éstas van desde la represión del trauma hasta su reemergencia reiterativa, compulsiva: lo que Dominick LaCapra ha denominado en inglés “acting out” (LaCapra 2016, 205-225). Por supuesto, hay una tercera opción que consiste en su gradual simbolización y narrativización. Gracias a éstas, el sujeto establece una relación menos dolorosa y dañina con el trauma. De todas formas, es decisivo tener en mente el siguiente punto: esta tercera opción (“working through” en lenguaje psicoanalítico de LaCapra) *no siempre es posible*. Son necesarias unas precondiciones históricas, sociales y materiales para que un sujeto o grupo de sujetos puedan llegar a “procesar” (“work through”) un determinado trauma. Esto ha dado pie en la bibliografía sobre el tema a la investigación de los retrasos o dilaciones temporales que se producen entre el acontecimiento traumático, su sintomatología en desarrollo y su (posible pero nunca segura) verbalización (Leys 2010, 270). Estos tiempos y demoras son difícilmente tasables a priori y dependen de varios niveles contextuales, desde el más cercano e íntimo hasta el macro-histórico. Solo bajo estas condiciones se puede articular un discurso, más o menos consciente, del trauma en tanto que trauma.

Trauma e historia en España

Los orígenes o la pre-historia de los discursos oficiales de la Guerra Civil, entendida como trauma colectivo o trauma nacional, se encuentran en el Franquismo, pero no en el llamado “primer Franquismo”. Tras la Guerra Civil y hasta los años 50, se impone una primera versión de la guerra en tanto que “cruzada” religioso-política, una depuración mediante la que la “auténtica España” elimina o expulsa a la “Anti-España” (socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, liberales de izquierda, masones, ateos, etcétera). La guerra es, durante el primer Franquismo, el mito fundacional del nuevo régimen, en realidad, la fuente de un denso conjunto de mitos que, como ha explicado Alberto Reig Tapia, tienen un carácter providencialista, salvífico, épico-legendario y restaurador de un supuesto orden hispánico perdido (Reig Tapia 2014). En este nuevo calendario mitómano, 1936 marca el fin sangriento, trágico y expiatorio de una deriva histórica de abandono y pérdida y, a la vez, el inicio de una reconexión con aquellos pilares que sustentan el verdadero “ser” de España desde sus supuestos orígenes medievales hasta la refundación franquista. En este cuadro glorioso, base de la legitimidad con la que el Franquismo se justifica y justifica su violencia represiva, la guerra no es ni puede ser el detonante de un trauma, sino la gran fuerza reconstitutiva y revigorizante de la (así denominada) “Nueva España”.

Tras la Segunda Guerra Mundial y la derrota del “Eje” (Alemania, Italia y Japón), la dictadura española comienza a alterar su iconografía de la Guerra Civil. El panorama internacional muta substancialmente y el

Franquismo hace lo propio para asegurar su supervivencia. Para finales de los años 50, la nueva versión oficial sobre los tres años bélicos ya ha sido más o menos completada. Es justamente en el nuevo discurso del Franquismo sobre la guerra en el que, *de una manera implícita* pero muy clara, el trauma ya juega un rol decisivo. La dictadura pasa de festejar la guerra como una inaudita hazaña heroica a re-significarla y recontarla como una suerte de error o, al menos, mal menor. La guerra es una “tragedia nacional” quizá necesaria pero que, en todo caso, conviene dejar atrás, dejarla de lado, para mirar al futuro con optimismo. Justamente porque la guerra ya se percibe (aunque sea, como ya he afirmado antes, tácitamente) como un trauma colectivo y destructivo, el Franquismo propone que lo mejor es concentrar las fuerzas culturales y físicas en el presente y el futuro. Sin este trasfondo, no se entiende, por ejemplo, la “Fiesta de la Paz” con la que el Régimen celebra los 25 años no ya de la guerra sino su final. El mito fundacional ahora no es triunfo bélico sino la próspera paz lograda desde 1939. Obviamente, esta “paz” conmemorada en 1964 era la “paz franquista”. Como ha notado Katherine Stafford, la propia figura pública de Franco sufre una cierta y parcial dulcificación: pasamos del general guerrero y grandilocuente que posa engalanado por condecoraciones y artilugios bélicos al hombre vestido de civil que inaugura obras públicas (Stafford 2015, 53-93). Franco emerge como un agente de seguridad, estabilidad y progreso.

Otro elemento clave de este contexto es el “Plan de Estabilización” de 1959, con el que Franco emprende un potente plan económico de desarrollo capitalista con el apoyo de países occidentales. Ya en 1955 España había entrado en la ONU y sus organismos adscritos una vez que en 1950 Estados Unidos cambia su actitud hacia España en el marco de la Guerra Fría y pasa a considerarlo un aliado estratégico. En estos años, y gracias al apoyo del almirante Carrero Blanco, llegan al gobierno los “tecnócratas” del Opus Dei (Gregorio López Bravo, Manuel Lora Tamayo y Laureano López Rodó), que arrinconan a la vieja guardia falangista, clausuran la economía del autarquismo y lanzan tres sucesivos planes de desarrollo, sostenidos por el turismo, el sector inmobiliario y de servicios, una balanza comercial equilibrada, puntos de rápida industrialización y dramáticos movimientos migratorios interiores y exteriores. Nadie ha explicado tan brillantemente esta transformación molecular del Franquismo como Lino Camprubí en *Engineers and the Making of the Francoist Regime*. Este autor documenta cómo científicos agrícolas e ingenieros civiles, convertidos en auténticos “intelectuales orgánicos” del Régimen (en el sentido gramsciano del término), hacen de la ciencia y la tecnología los medios de una hegemonía social cuyo *ethos* es el progreso y los avances materiales (Camprubí 2014, 1-14). En este nuevo estadio del Franquismo, la Guerra Civil o bien estorba, o bien se reconfigura como un ejemplo negativo: esa traumática “desgracia” nacional que hay que superar en nombre del bienestar y la modernización económica del país.

El hecho de que sea en el tardo-Franquismo cuando la Guerra Civil queda reinscrita como trauma, que requiere ser reprimido, viene acompañado de la siguiente paradoja. Las principales fuerzas políticas ilegalizadas no dudan en secundar o incluso adelantarse a esta misma retórica. El partido que protagoniza la resistencia contra la Dictadura, el Partido Comunista de España (PCE), hace pública en junio de 1956 una declaración (hoy famosísima), titulada “Por la reconciliación nacional”. Una declaración formal en la que podemos leer afirmaciones como éstas (Comité 1956):

Crece en España una nueva generación que no vivió la guerra civil, que no comparte los odios y pasiones de quienes en ella participamos. Y no podemos, sin incurrir en tremenda irresponsabilidad ante España y el futuro, hacer pesar sobre esta generación las consecuencias de unos hechos en los que no tomó parte.

[...]

El Partido Comunista de España, al aproximarse el aniversario del 18 de julio, llama a todos los españoles, desde los monárquicos, democristianos y liberales, hasta los republicanos, nacionalistas vascos, catalanes y gallegos, cenetistas y socialistas a proclamar, como un objetivo común a todos, la reconciliación nacional.

En este documento oficial, los sectores más influyentes de la Izquierda (dentro y fuera de España) se suman al modelo traumático de la Guerra Civil. El Partido Comunista asume que la guerra fue y *es* disruptiva y peligrosa, fue y *es* traumática. Por lo tanto, sus potenciales efectos traumáticos no deben transferirse (“trasferencia” es el engranaje psicoanalítico implícito en la cita anterior) a las nuevas generaciones. En nombre de la “reconciliación”, la Izquierda debe también renunciar al lastre de la Guerra Civil, dirigir su mirada a un futuro más armónico. Tiene razón Francisco Erice cuando concluye que este documento presenta una argumentación algo vaga y general, además de un tono moralista (Erice 2021, 5-10). Ni se pide ni se ofrece nada concreto en términos políticos. Esta medida ambigüedad es deliberada y abre el camino a una nueva estrategia de alianzas mucho más dúctil y heterogénea por parte del PCE, ante la frustrada sorpresa de los viejos militantes que habían sufrido la represión y la cárcel (Hebenstreit 2014, 120-135). La inflexión moralizante de este texto, por momentos paternalista, se deja también notar en la estructura generacional de uno de sus argumentos centrales. A esa franja generacional joven que no había vivido la Guerra Civil en primera persona hay que privarla del peso histórico de dicha contienda para preservar (se supone) un grado de candidez política. El argumento es falaz. En vez de asumir la inevitable determinación histórica que, a todos sus efectos, la Guerra Civil ya ejercía sobre la España de 1956 y proponer una propuesta ideológico-política de esos efectos reales, se enarbola una retórica un tanto vaporosa del respeto protector y algo condescendiente por las nuevas generaciones. Estas generaciones, independientemente de la buena voluntad del PCE, ya sufrían todas las consecuencias no solo de la Guerra Civil sino de su prolongación en un régimen despótico. De todas formas, mi intención no pasa aquí por evaluar esta “Declaración”, sino por incidir en la presencia subyacente del modelo traumático. Falta el léxico técnico propiamente psicoanalítico, pero no su contenido: frente a la transferencia de un trauma que conlleva la repetición estéril y compulsiva, se promulga un necesario punto y aparte que interrumpa un ciclo vicioso re-traumatizante. Esto hará posible un futuro sano y fértil.

La Transición española y el primer ciclo del período democrático (la década de los 80) son deudores de esta misma concepción general de la Guerra Civil entendida como trauma... pero en una versión todavía más extrema. Éstos son los años del llamado “Pacto de silencio” y “la Movida”. Los ríos de tinta dedicados a estos dos fenómenos, independientes pero interrelacionados, resultan del todo inabarcables, imposibles de resumir, en un ensayo como éste. Sí puedo esbozar dos breves ideas sobre cada uno de estos dos fenómenos. El “Pacto de silencio”, también conocido como “Pacto de olvido”, no tiene sentido alguno si se toma (como hacen algunos de los autores que niegan su existencia) en términos unidimensionales y maximalistas. Obviamente siempre se recordó y se habló de lo sucedido entre 1936 y 1939. Ahora bien, ha habido momentos cuando esa discusión ha tenido un peso y un estilo en la esfera pública (más allá de los ámbitos familiar y académico) de los que ha carecido en otros. La Guerra Civil pierde fuelle en la esfera pública durante la Transición pues el mantra de la “reconciliación nacional” así lo requiere (André-Bazzana 2006, 253). El razonamiento es además bastante lógico: nada más necesario que poner en sordina aquel conflicto, rebajar su perfil, limar sus filos, obviar versiones legítimamente

partidistas, para que el reencuentro pacífico se produzca. Independientemente del juicio de valor que merezca esta atenuación, lo importante es subrayar que, fuera de la órbita del trauma, no se comprende bien un silencio-olvido que contrarresta la aún inasumibles dolencias éticas y culturales infringidas por la guerra.

“La Movida” también ha sido también objeto de valoraciones encontradas. En términos generales, la podemos describir como una atmósfera de época, una *Stimmung* (Gumbrecht 2012, 1-22), lúdica, juvenil, celebratoria, punk, contra-cultural, pop, *kitsch*, un ambiente ecléctico y epicureista. Hay algo simultáneamente emancipador y conservador, casi pequeñoburgués, en esta escapada presentista, orgiástica y vitalista de los placeres mundanos (sexo, droga, alcohol, transformismo corporal, desinhibición amorosa, experimentación subjetiva, esteticismo *performativo*). Eduardo Subirats fue uno de los primeros en llamar la atención sobre un ambiente hiper-moderno, post-moderno, que sin embargo era el resultante precipitado y superficial de valores y formas sociales modernos no asimilados de manera crítica (Subirats 1993). Desde el prisma del trauma, esta pasión por la inmanencia del goce privado se presta a la siguiente interpretación: ante la inconveniencia o inviabilidad de confrontar el trauma de la guerra y su prolongación en cuarenta años de dictadura, se opta por una vía evasiva que paradójicamente, en el silencio atronador con el que se ignora la inmediata cercanía del Franquismo, deja en evidencia su perturbadora y traumática presencia.

En la esfera novelística, encontramos un equivalente de este clima epocal en la “nueva literatura española” de los años 80. Como era de esperar, con la instauración de la democracia, se desencadena una notable expansión editorial, así como de un público consumidor ávido de productos culturales que den cuenta del nuevo estadio histórico y de sus preferencias estéticas. El número de volúmenes publicados (especialmente novelas) se dispara exponencialmente, por lo que cualquier generalización sobre el tema hay que tomarla con un grano de sal. Existe sin embargo cierto consenso sobre el hecho que esta “nueva literatura” se decanta por las siguientes formas novelísticas, que aquí enumero sin ninguna intención de exhaustividad: novela culturalista, novela del yo y la identidad (entendidos como disfraz y máscara), novela de las nuevas “identidades democráticas” (especialmente sexuales), novela de sub-géneros (detectivesca, neo-*noir*, erótica, aventuras, neo-bizantina, de viajes), novela paródica o del extrañamiento, prosa lírica y experimental, novela histórica (neo-medievalismo), novela de espacios/lugares inventados, novela sobre los nuevos medios de comunicación, etcétera. Se publican, sin duda, ficciones sobre la guerra pero esta última dista mucho de ser el referente privilegiado del momento. Para definir este escenario, Gonzalo Sobejano acuña el término de “novela ensimismada” e incluso privilegia la palabra “ficción” frente a “novela”, pues la primera capta esa tendencia (prototípica de los años 80) a pulir la segunda de sus connotaciones realistas, veristas, miméticas y naturalistas (Sobejano 1988, 10). En esta misma línea, nos recuerda Epiceto Díaz Navarro que estos son los lustros en los que, a la par de ensayos como *A Poetics of Postmodernism* (1988) de Linda Hutcheon y *La Condition postmoderne* (1979) de Jean-François Lyotard, se impone un discurso narrativo anti-totalizador, que descrea de la Historia como gran- o mega-narrativa y que, con frecuencia, establece audaces juegos de espejos y guiños metaliterarios, autoreferenciales e intertextuales (Díaz Navarro 2019, 16). La Guerra Civil, entendida como ese parteaguas que organiza y condiciona toda la cronología del siglo XX en España, pierde atractivo para propuestas literarias que justamente reniegan de esos grandes arcos historiográficos supra-abarcadores.

Tras este recorrido histórico, la pregunta es inevitable: ¿En qué momento la cultura española rompe con esta visión de la Guerra Civil en tanto que obstáculo para el presente y el futuro? ¿En qué momento la guerra deja de ser considerada una cesura traumática cuyo mejor tratamiento consiste en el silencio o bien su consideración como deshecho histórico desestabilizador? En otros lugares he abordado detenidamente este complejo asunto (Gómez L-Quiñones 2012, 2010 y 2006), que contiene abundantes facetas políticas, sociales, económicas y, por supuesto, estéticas. En este artículo solo puedo plantear unas pinceladas de un cuadro mucho más intrincado y espeso. A estas pinceladas subyace la siguiente tensión dialéctica: los recientes y numerosos focos de interés en la guerra y la posguerra nos hablan tanto (o incluso más) del presente como (que) del pasado. Más que buscar en este *boom* de la memoria histórica grados de precisión historiográfica o magnitud erudita, es mucho más fructífero rastrear en este *boom* las ansiedades, limitaciones y aspiraciones del tiempo presente, entre 1990 y 2015 aproximadamente. En estos veinticinco años se reconstruye y hasta cierto punto se reinventa un determinado pasado (la Guerra Civil) desde el presente para satisfacer sus propias necesidades y espolear sus ilusiones. En definitiva, solo desde nuestra actualidad podemos comprender los motivos de nuestro interés en un momento pretérito específico y cómo se manifiesta ese interés.

Solo en los años 90 y, en concreto, después del año icónico de 1992, el *annus mirabilis* de los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla y la Capitalidad Europea de la Cultura de Madrid, se desencadena una enorme curiosidad multiforme por la Guerra Civil. Es imprescindible aclarar que la literatura será uno de los ingredientes de este flujo, pero no el único ni quizás el más relevante. Éste deviene en un vasto caudal de exposiciones, libros de fotografías, reportajes periodísticos, historiografía divulgativa, programas televisivos, videojuegos, filmes, y también una boyante dedicación académica (congresos, revistas, tesis doctorales, volúmenes colectivos). Es más, la Guerra Civil trasciende los linderos del entretenimiento, los artísticos y también los universitarios, y se torna también en un asunto jurídico (como en el caso de la fosa del poeta Federico García Lorca) y legislativo (Ley de la memoria histórica de 2007). Por supuesto, no podemos perder de vista la fuerza comercializadora que opera detrás de esta omnipresente diseminación de objetos culturales de consumo. Todos estos objetos tienen en la Guerra Civil, su gran “marca publicitaria” (*brand* en inglés). Escribir una novela sobre la guerra civil se convierte en un *rite de passage* o rito de iniciación para los escritores más importantes del panorama literario español. Sirva el siguiente dato para ilustrar las dimensiones del hecho al que estoy aludiendo: entre 2001 y 2018 se publican más de 1200 libros sobre el tema (Morales 2018). En esta lista hay que incluir los nombres más notables de la novelística española desde los 90, esas voces que han dominado las mesas de novedades editoriales, las cortesías de la crítica literaria más prestigiosa, los premios más señeros y, en muchos casos, el beneplácito del público lector: Juan Carlos Arce, Antonio Muñoz Molina, Bernardo Atxaga, Arturo Pérez Reverte, Javier Cercas, Jorge Reverte, Dulce Chacón, Isaac Rosa, Rafael Chirbes, Manuel Rivas, Manuel de Lope, Jordi Serra i Fabra, Juan Manuel de Prada, Benjamín Prado, Juan Eslava Galán, Antonio Soler, Jesús Ferrero, Julia Navarro, Alicia Giménez Bartlett, Andrés Trapiello, Almudena Grandes, Lorenzo Silva, Eduardo Lago, Rosa Montero, Julio Llamazares, Javier Marías, Ignacio Martínez de Pisón, Eduardo Mendoza y Alberto Méndez, entre otros muchas.

En el párrafo anterior he apenas sugerido un desajuste que me gustaría definir más claramente antes de seguir con mi argumentación. Por un lado, la inmensa mayoría de estas novelas, así como su recepción académica, enfatizan una empatía anímica y ética con aquéllos que fueron derrotados en 1939. En la lucha por la II República que estos escritores relatan y muchos estudiosos comentan aprobatoriamente, se

detectan las semillas de la democracia de 1978. Esta última entronca (o desea entroncar) *no* con el desagradable y directo antepasado del Franquismo *sino* con los que, en los años 30, se enfrentaron al golpe de estado contra el sistema republicano. De hecho, a muchas de estas manifestaciones culturales se les atribuyen propiedades socio-curativas, es decir, la capacidad de adecentar, ennoblecer y mejorar eso que podríamos denominar el tejido ético de una democracia española a veces olvidadiza (Moreno Nuño 2019 y 2006). Hay una dimensión “eticista”, más que política, en estas novelas y en sus glosas académicas. Esta dimensión es además coherente con ese “giro ético” en las ciencias sociales, la filosofía, y los estudios literarios y culturales en la estela de intelectuales como Emanuel Levinas y escuelas de pensamiento posestructuralistas (Buell 2000, 2-3). A esta tonalidad predominantemente ética, Ángel Loureiro le ha recriminado un cierto patetismo tonal, en cierta medida simplificador (Loureiro 2008). Bien sea para secundarlo o para problematizarlo, lo cierto es que estas narraciones y las interpretaciones que han suscitado defienden la labor reivindicativa que la literatura puede realizar, dando voz a experiencias silenciadas y paliando omisiones de la Transición. Por otro lado, se olvida con frecuencia que esta vindicación de aquellos socialistas, comunistas y anarquistas fusilados o encarcelados en los años 30 y 40 adquiere la “forma” de un producto comercial (la “forma-mercancía”), que anima el hiper-consumo característico del capitalismo español y europeo de las últimas décadas. Esta disonancia entre lo que estas novelas dicen y la “forma social” en la que se manifiesta es un asunto al que no se le ha prestado suficiente atención. La paradoja es palmaria: homenajes ético-literarios a radicales de izquierda de mitad del siglo XX en la forma de mercancías para el rentable mercado cultural del tardo-capitalismo español. La Guerra Civil, e incluso ciertas vivencias traumáticas, ejercen de referente ético pero también de punta de lanza de una moda del entretenimiento mercantilizado. Sobre las implicaciones de este desfase queda mucho que analizar.

Tres novelas sobre y contra el trauma

El núcleo central de la cascada de interés público en la Guerra Civil a partir de (*circa*) 1992 es el siguiente. El trienio bélico deja de funcionar como un trauma que, como explica Freud, destruye los contornos cotidianos de realidad, rompe nuestros medios de simbolización, nuestro ensamblaje más elemental con una exterioridad asumible y comprensible. Es su desconocimiento (la ignorancia de dicho pasado) lo que causa los síntomas traumáticos, como la repetición compulsiva, la apatía, la depresión o la desorientación existencial. El desplazamiento en los años 90 es claro: el evento traumático no es ya realmente la guerra (no al menos primordialmente), sino el manto de silencio e ignorancia que se impone sobre ella desde la década de los 60. La guerra no es traumática *per se*, el silencio colectivo, oficial e institucional sobre ella sí. Veamos tres ejemplos literarios de esta tesis que propongo. Son ejemplos, me parece, relativamente bien conocidos en varios países europeos y todos pertenecen a un sub-género con una estructura narrativa similar. En esta estructura existen dos líneas temporales: 1) el pasado de la Guerra Civil y la posguerra y 2) el presente democrático. El tema de estas narraciones es justamente la relación entre ambos momentos, en concreto, cómo el desconocimiento de la Guerra Civil ocasiona efectos o daños traumáticos... y viceversa, su conocimiento los subsana o alivia en alguna medida. Aquí no propongo, dada la ingente bibliografía existente sobre estas obras, análisis textuales en profundidad sino algunas claves interpretativas con las que respaldar mi tesis.

El primer ejemplo es uno de los cuentos más célebres de Javier Marías, “Cuando fui mortal”, que versa sobre la relación entre temporalidad y cognición (*cuándo* sabemos o desconocemos lo que sabemos o

desconocemos). En esta pieza, el “fantasma” no es solo un tropo literario sino también un punto de vista narrativo. “Cuando fui mortal” está contado en primera persona por un fantasma, por un hombre que fue asesinado. Solo tras su muerte, una vez situado en una dimensión trans-histórica (más allá del tiempo mundano), este personaje entiende realmente su propia biografía. Como argumenta José Antonio Vila Sánchez, “el narrador innominado del relato conoce todos los pormenores de la historia entera de su vida” pero únicamente en tanto que “memoria hiperconsciente e infalible”, esto es, *post-mortem* (Vila Sánchez 152). Como en el cuento de Jorge Luis Borges, “Funes el memorioso”, el personaje de Marías lo recuerda absolutamente todo, pero esa plenitud rememorativa marca la falta de vida: la parálisis absoluta (Borges) o la muerte literal (Marías). No puedo resumir la trama de “Cuando fui mortal”, pero sí proponer tres notas sobre ella. En primer lugar, este narrador espectral descubre que el desconocimiento que acaba con su vida no solo atañe al presente sino sobre todo al pasado, a la Guerra Civil, específicamente, a aquello que sus padres no le contaron. Esta guerra hace las veces de letal ángulo muerto en su biografía pues se trata de una ausencia presente: falta, no está, pero esa ausencia provoca efectos determinantes, efectos que en un primer momento parecen no tener causa. El protagonista debe ser consciente de lo que no sabía (de la huella dejada por la privación de conocimiento) para recomponer la indirecta cadena causal que lo conduce a su propio fallecimiento.

En segundo lugar, ambos desconocimientos (el del pasado y el del presente) están estructuralmente imbricados por un hilo conductor de secretos y las mentiras. Expresado en pocas palabras, los secretos del pasado posibilitan los secretos del presente, y esta práctica (la de los secretos y las mentiras) causa la experiencia traumática por excelencia. Esta es la experiencia de la propia muerte, en este caso, ser testigo (como fantasma) de la propia muerte una y otra vez, *ad aeternum*. En la recepción crítica de la obra de Marías, el “problema del conocimiento” y el de las insuficiencias comunicativas ocupan un lugar central (Hagedorn 2006, 16; Scharm 2013, 206; Aguado 2010, 153). Lo peculiar de este asunto en “Cuando fui mortal” radica en que se pone de manifiesto un “*habitus*” (en el sentido de Pierre Bourdieu) que estructura a un nivel muy profundo, inconsciente y trans-subjetivo, maneras y estilos de comportamiento que se viven sin embargo como individuales y libres. El *habitus* de los secretos organiza el tiempo histórico de los personajes que, sin saberlo, actúan como ecos o reverberaciones de comportamientos pasados

Por último, en tercer lugar, “Cuando fui mortal” ha sido interpretado desde los presupuestos de Jacques Derrida en *Espectros de Marx* (*Spectres de Marx*). Varios críticos invocan la siguiente propuesta deconstruccionista: contra cualquier ontología del presente, Derrida propone una “fantasmología” (*hauntology*), según la cual el “Ser” y el “ahora” nunca coinciden consigo mismos, siempre están desencajados o dislocados (esto es, embrujados, encantados, poseídos) por otras temporalidades (Derrida 1994, 63). En el campo de los Estudios Culturales Ibéricos, es Jo Labanyi quien aplica por primera vez la propuesta derridiana a varias manifestaciones artísticas sobre la Guerra Civil y los trazos difícilmente conjurables que ésta deja flotando sobre el porvenir (Labanyi 2002). Este acercamiento hermenéutico a “Cuando fui mortal” posee un par de ventajas. Por una parte, la figura del fantasma capta muy bien la clase de pasado que se debate entre el olvido y el recuerdo, entre su desaparición y su perseverancia inconsciente o subliminal, no empírica. Por otra, entre los espectros del pasado y el presente que habitan (y atormentan) no hay una relación lógica y mecánicamente causal. Un fantasma es el signo de un tiempo anterior y lejano no resuelto, de un trauma. Ahora bien, cómo éste se deja ver y notar en el presente no responde a una casuística lineal o teleológica. Este margen de ambigüedad ofrece un saldo muy positivo para dar cuenta de los inquietantes paralelismos temporales y narrativos en “Cuando fui mortal”. Lo

espectral (lo que no es ni está aquí y ahora) es parte constitutiva, inexcusable, del presente. Lo traumático no es el fantasma o su aparición, sino lo opuesto: la amputación de lo espectral, la negación de todos esos tiempos y temporalidades no-presentes que, sin embargo, conforman y actúa en el presente. El *fatum* del protagonista de “Cuando fui mortal” está determinado por su ignorancia precisamente de la dimensión temporalmente fantasmagórica de su contemporaneidad

El segundo ejemplo es *El Pianista*, de Manuel Vázquez Montalbán. Esta novela está dividida en tres secciones que, cronológicamente, no avanzan hacia el futuro sino que retroceden hacia el pasado (o avanzan hacia el pasado). Encontramos un procedimiento parecido en la famosa novela de Martin Amis, *Time's Arrow* (1991). En ambos casos, conforme la narración progresa, temporalmente retrocedemos. En este experimento, la trama se despliega a la inversa: del final al inicio. En *El Pianista*, el inicio son los años 80 y el final la guerra Civil (no al revés). Sin entrar en los detalles de esta obra de 500 páginas, voy a centrarme en dos puntos básicos. Por una parte, *El pianista* expresa una fuerte crítica de cualquier progresividad o progresivismo históricos. Por un lado, en esta novela, progresar, avanzar epistemológica y moralmente significa movernos hacia atrás, dirigirnos y orientarnos hacia el pasado. En esta oposición al concepto clave en tantas y tantas filosofías modernas de la historia, el progreso, Vázquez Montalbán parece apoyarse en fuentes teóricas marxistas con las que estaba bastante familiarizado, como la Escuela de Frankfurt y, más concretamente, “Las tesis sobre la filosofía de la historia” (1940) de Walter Benjamin. El novelista barcelonés identifica, tal y como hace Benjamin, la historia del progreso con la versión de los triunfadores, ajenos al paisaje de destrucción que han dejado a su paso. El “Angelus Novus” de Paul Klee es la representación pictórica que Benjamin elige para dilucidar una mirada aterrada: “este huracán lo empuja [al ángel de Klee] irremediamente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras los escombros se amontonan ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso” (Löwy 2005: 63). *Mutatis mutandis*, la posición del narrador en *El Pianista* observa, en el pasado y su devenir, la implacable marcha de los victoriosos que se desentienden de las pérdidas, daños, muerte y ruinas (materiales y simbólicas): los perdedores. Para Benjamin, estos son la inmensa mayoría de la humanidad y para Vázquez Montalbán los derrotados en la Guerra Civil, que a su vez venían ya siendo derrotados durante décadas si no siglos. El progreso (o la “modernización”, la palabra fetiche en la España post-transicional) se plasma en esta novela como una involución. Evolucionar exige, por el contrario, retrotraernos al pasado desde el punto de vista de los que fueron lanzados a la montaña de “escombros” benjaminiana.

Por otra parte, el desencanto existencial que aflige a los personajes en los años 80 es inexplicable para muchos de ellos porque perciben la historia como una serie de discontinuidades. Cada nueva etapa supone un punto de inicio, un comienzo casi absoluto. Estos cortes o interrupciones cristalizan en la propia estructura de *El Pianista*, cuyos tres grandes bloques han sido definidos como “‘novelas’ que forman esta novela” (Díaz Arenas 1995, 65). Dichos bloques se yuxtaponen como si se tratasen de “pezados” de narración e Historia semi-autónomos, dotados de una coherencia interna, semántica y estructura casi completa. Ahora bien, propongo que la experiencia lectora de *El Pianista* exige contrariamente establecer líneas de continuidad entre estos tres bloques. En realidad, más que líneas de continuidad, me parece mucho más adecuada la fórmula benjaminiana de “la constelación saturada por las tensiones” (Löwy 2005, 95), el “shock” dialéctico en el que el presente ilumina el pasado y el pasado ilumina el presente en una chispa que suspende el tiempo-progreso. El diseño narrativo de *El Pianista* está salteado por estos instantes-chispazos de reconocimiento en los que se abre otra lectura y experiencia de la historia: la del “acuerdo” o “pacto secreto” entre instantes de derrota que comparten una misma pero solo potencial

redención (Löwy 2005, 30). En conclusión, los lectores comprendemos la sobrecarga histórica que el pasado impone sobre el presente, pero también el presente sobre el pasado pues ambos (presente y pasado) nunca están cerrados del todo al modo positivista. En *El Pianista*, la única ontología es la historia, pero no la del progreso unidireccional moderna sino la de la dialéctica (unidad y diferencia) de fracasos pretéritos, actuales y futuros. El olvido de esta dialéctica implica el olvido de nosotros mismos. Es la represión de esta insalvable dimensión histórica de los sujetos lo que produce huellas o improntas traumáticas (re-traumatizantes) en los personajes.

El tercer ejemplo, la renombrada novela de Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, tiene un punto de partida muy parecido. Un personaje (llamado también Javier Cercas) se presenta inicialmente como un escritor mediocre, fracasado en lo sentimental e instalado en una profunda crisis personal tras la muerte del padre. Este es el punto de partida para un “thriller epistemológico” (McHale 1986, 74). Como sucede en una tradición de novelas detectivescas, el “thriller epistemológico” dispone su trama narrativa en torno a una búsqueda. Esta aspira, por su parte, a dar con un eje estructurador de una realidad dispersa y/o sin sentido. En este caso, la búsqueda tiene por objeto, no un culpable o la resolución de un delito, alguna transgresión social, sino de un conocimiento cuya aprehensión demanda repasar nuestros métodos de conocimiento. En *Soldados de Salamina*, el protagonista intuye que ese eje estructurador reside en un personaje menor, anónimo y casi olvidado de la Historia de la Guerra Civil. Es más, de ese personaje anodino importa tan solo un brevísimo instante benjaminiano, aquél en el que decidió no disparar al gerifalte fascista Sánchez Mazas, salvándole así la vida. Ese momento epifánico nos remite a otra entrega de Cercas, *Anatomía de un instante* (2009), en la que también se traza la arqueología de un conciso trance (unos minutos), saturado de sentido historiográfico, político y moral. Tal y como sucede en el desenvolvimiento de un proceso post-traumático, el narrador Javier Cercas persigue la narrativización y simbolización de un momento cuyo carácter elusivo atrae y consume todas sus fuerzas psicológicas. Más que el abandono de todas las nociones de historicidad (Everly 2010, 86), *Soldados de Salamina* descansa en un tipo de historicidad que ni la historiografía ni la memoria pueden esclarecer, no del todo. Y esto propicia el imperativo de un constante ir y venir entre lo que sabemos y lo que (pensamos que) necesitamos saber. La totalidad (como aparece en “Cuando fui mortal”) no es el objetivo, sino un discernimiento útil y esclarecedor para el aquí y el ahora. Esto no solo constituye el opuesto de cualquier “presentismo”, sino además una respuesta intelectualmente honesta a cualquier veleidad de saber histórico imparcial, científicamente desinteresado. En esta postura hay obvias resonancias nietzscheanas, en particular, de sus “Usos y abusos de la historia para la vida” (1874). Si aparcamos las estridencias elitistas de Nietzsche, su influjo en *Soldados de Salamina* es decisivo: es la historia y el conocimiento los que están al servicio de la vida, y no al revés. Lo contrario implica una historia monumentalizada y marmórea, la historia del “anticuario”, que reprime la potencial plasticidad y creatividad del presente (Nietzsche 2010, 12).

Otra faceta de esta influencia nietzscheanas en *Soldados de Salamina* es que ésta se trata no solo de una novela dentro de la novela, una metanovela, sino también de una novela sobre la insatisfacción que ésta produce una vez concluida. La escritura de unos datos conocidos no es el punto de llegada en esta trama, sino el trampolín hacia una exploración extra-textual, post-textual. No estamos por consiguiente ante la típica meta-textualidad posmoderna, caracterizada por la distancia irónica y la doblez enunciativa (Rodríguez Rosique 2013, 34). La tercera y última sección de esta obra, titulada “Cita en Stockton”, narra cómo el personaje de Javier Cercas, descontento con el manuscrito que ha finalizado, establece contacto

personal con un viejo miliciano. En este encuentro, Cercas (el personaje) no solo obtiene una información (incompleta) y recupera un ejemplo moral, sino también un motivo de entusiasmo vital, una dirección para su propia existencia. La epistemología, la memoria, la ética y la “vida” son dimensiones íntimamente entrelazadas en *Soldados de Salamina*. Las últimas palabras de la novela son ilustrativas: “hacia delante, hacia delante, hacia delante, siempre hacia adelante” (209). Esta pasión por el futuro, por el porvenir, solamente ha sido posible tras un largo *detour* o rodeo por el pasado. Solo en ese momento, cuando el protagonista interioriza varias memorias de la Guerra Civil (solo cuando éstas se transmutan en una experiencia viva y plena, tanto intelectual como afectivamente), se abre la posibilidad de dejar atrás todas las aflicciones traumáticas que, al comienzo de la novela, hacían del tiempo y de la Historia una experiencia estática, opresiva y repetitiva.

Conclusiones: seremos lo que perdimos

A la luz de estos análisis de tres de las más importantes novelas sobre la Guerra Civil española de las últimas décadas, quiero terminar este ensayo conceptualizando algunos asuntos a los que he aludido de manera tácita. ¿Por qué la Guerra Civil no sólo no representa un trauma, sino que, por el contrario, representa una salida para diversos tipos de impases y antinomias? ¿Por qué para los lectores, narradores o personajes el recuerdo (directo o, con mayor frecuencia, mediado) de la guerra permite entender los términos en los que el efecto traumático se propaga y, en ocasiones, incluso confrontar tales efectos? ¿Por qué el *boom* de la memoria histórica pone en el centro de la esfera pública, desde los primeros años 90, la representación de la Guerra Civil en tanto que remedio para ciertos traumas incubados durante lustros? Voy a contestar a esta pregunta de manera muy directa: el re-encuentro con los años 30 comporta la re-conexión con un conjunto de realidades históricas que, a finales del siglo XX y comienzos del XXI, se perciben como pérdidas o déficits. Entre estas realidades, destaco las siguientes: 1) subjetividades políticas comprometidas, 2) las categorías del “héroe” y del “heroísmo” (tan centrales en *Soldados de Salamina*), 3) causas ideológicas coherentes, 4) proyectos utópicos transformadores, 5) comunidades solidarias, es decir, una inter-subjetividad positiva, 6) una teleología temporal (una dirección finalista, aunque anti-productivista, de nuestra organización del tiempo), 7) códigos morales fuertes, como el dispositivo sacrificial. Soy consciente de que, durante mucho tiempo y tras la II Guerra Mundial, los factores que acabo de enumerar fueron sometidos a un fuerte descrédito. Primero en el existencialismo, luego en varias corrientes hermenéutico-fenomenológicas y más tarde postmodernas, quedaron desestimados como prejuicios metafísicos y esencialistas. El sujeto, la militancia política partidista, la comunidad, cualquier *telos*, la praxis y el propio sujeto tuvieron mala prensa. Una elocuente muestra de esta postura es el reciente volumen de Alberto Moreiras, *Infrapolitics*, en el que se exponen esos gestos teóricos mediante los que se operaría una desconexión entre la “vida” y todos los mecanismos políticos constitutivos de la Modernidad (Moreiras 2021). Mi impresión es que buena parte de la reciente novelística sobre la Guerra Civil apunta, ya incluso antes de las crisis de 2001 y 2008, a lo que podríamos llamar el “después” de la postmodernidad y el post-estructuralismo (académico y extra-académico). Esta novelística recalibra en la mencionada desconexión no solo las consecuencias de la derrota de casi todas las causas radicalmente emancipadoras del XIX y XX, sino una amputación histórica que no nos libera de males metafísicos mientras que nos incapacita políticamente.

En gran parte de la novelística contemporánea sobre la Guerra Civil, ésta *no* presenta las características de un trauma. Por el contrario, al modo de Ciceró y su “*historia magistra vitae est*” (la historia es maestra de

vida) (Cicero 1990, 245), esta contienda posee unas posibilidades subjetivas, intelectuales, deontológicas y morales (quizás antropológicas) hoy desaparecidas. Ahora bien, hay que matizar el sentido en el que la frase ciceroniana tiene vigencia para las narraciones aquí comentadas. Como afirma Reinhart Koselleck, la consideración didáctica de la historia recorre toda la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco y penetra (ya debilitada) la propia Modernidad. Esta tradición pedagógica acepta un apriorismo nada menor: entre situaciones ocurridas hace años, décadas o siglos y otras presentes se da una “similitud eterna” (Koselleck 2004, 31). Gracias a esta similitud, un sujeto moral puede aplicar contenidos del pasado al presente para repetir aciertos o evitar errores. Esta continuidad de parecidos relevantes y educativos se desmadeja una vez que se historiza la misma Historia: ésta queda marcada no por la similitud sino por la diferencia, por la radical novedad de cada nuevo estadio temporal, por el replanteamiento a fondo de qué entendemos por Historia, es de más, por la ruptura consciente con todo lo anterior. ¿Cómo puede funcionar (si es que puede) la máxima de Cicero bajo esta cosmovisión cambiante del acontecer histórico, cuando el “antes” y el “ahora” no comparten “similitud eterna” alguna?

Bien, podemos hallar una versión moderna del “*historia magistra vitae est*” en el reciente volumen de Enzo Traverso, *Melancolía de Izquierda*. Desde el siglo XVIII, el acontecimiento histórico con un caudal instructivo (propicio para la mimesis del comportamiento) cambia su gramática temporal: el pasado deja de enseñar al presente y el presente comienza a ofrecer enseñanzas al futuro. Traverso explica que, desde 1789, diversos sacudimientos revolucionarios abren brechas, márgenes u horizontes históricos, caminos colectivos y sociales que recorrer. Estas grietas fructíferas que inauguran espacios históricos de innovación y exploración, inspirando imaginarios utópicos de diverso tipo, comienzan a clausurarse en 1989, entidada como una fecha simplemente orientativa (Traverso 2017, 4-7). ¿Cómo insertar la novelística de la Guerra Civil en esta crisis de los ciclos revolucionarios que inspiraron y conformaron formas futuras de subjetividad y conducta común? Resumamos esta inserción en dos puntos: 1) la Guerra Civil es un tesoro memorialístico del que aprender positivamente pues se trata de uno de esos terremotos transformadores que alumbran una manera de surcar el futuro. 2) Nuestra contemporaneidad, posterior a 1989 y al naufragio de nuestros imaginarios utópicos, hace sumamente difícil actualizar y entroncar con las ilusiones defendidas en los años 30 por varios proyectos de emancipación. La sima que se abre entre el punto 1) y el 2) es justamente el epicentro de la experiencia traumática en estas novelas sobre la Guerra Civil. En éstas se aprende de las limitaciones traumáticas de nuestra propia actualidad histórica, de la inviabilidad de un aprendizaje teórico-práctico extraído de la Guerra Civil, del férreo bloqueo que el fin del siglo XX ha impuesto sobre las ondas fecundas de erupciones utópicas. En resumen, éstas son novelas sobre lo que el pasado tuvo pero le falta al presente, y sobre el material con el que el primero podría instruirnos e inspirarnos si no fuese porque dicho material no encaja ya en las condiciones creadas desde finales de los años 80.

La pregunta que se deduce de mis palabras anteriores es obvia: ¿cuáles son esas limitaciones traumatizantes de nuestra propia coyuntura? Expresadas de manera muy directa, esta es una constelación de las más importantes: Globalización, *ethos* neoliberal, capitalismo tardío o turbo-capitalismo (crisis económicas, precariado), sociedades-mercado (sociedades que son y funcionan como mercados), individualismo hedonista, ciudadanos-consumidores (la ciudadanía como derecho al consumo), cinismo intelectual, los así llamados “fin de las ideologías”, “fin de la historia” (Fukuyama *dixit*), “fin del sujeto” y “fin de las grandes-narrativas”, concepción monista o unidimensional del presente, y diversas versiones del “pensamiento débil” que hacen de la necesidad (la crisis de 1989) virtud. En conclusión, el gran malestar

de la cultura española en las últimas tres décadas, las verdaderas raíces del trauma en estas novelas, se encuentran en el tipo de (pos)Modernidad que surgen del tardo-Franquismo y la Transición. Este es el substrato histórico *contra* el que se define buena parte de la narrativa contemporánea sobre la Guerra Civil. El acercamiento a objetos, documentos, lugares, testigos y protagonistas de la Guerra Civil es representado como el deseado pero quasi-imposible proceso de curación para el trauma de nuestro tiempo post-histórico, post-ideológico y post-utópico. En resumen, esta reconexión con la guerra civil sería antídoto contra ese “tiempo vacío” de la Modernidad capitalista del que hablaba Walter Benjamin (Löwy 2005, 85). La realidad traumática, que como afirma Freud, excede y resquebraja nuestra consistencia síquica como sujetos y colectividad de sujetos, *no* son las luchas políticas de los años 30, sino una contemporaneidad sacudida violentamente por un capitalismo tardío convertido en una incómoda y reductiva segunda piel. Y ésta es, en mi opinión, la enseñanza contra-intuitiva que podemos extraer de estas novelas: la obsesión o incluso fijación con momentos muy violentos del siglo XX en España habla más del presente que de dicho pasado. Nuestra obstinada mirada retrospectiva funciona como un “teatro de aspiraciones” en el que intentar redimensionar un presente con horizontes históricos muy bajos y estrechos. Este cierre de expectativas históricas amenaza nuestra subjetividad individual y colectiva, nuestros deseos políticos y nuestros sueños de liberación plena, nuestra necesidad de poder romper con un presente ideológicamente varado, sin norte. Y este presente estancando y auto-referencial es lo que, en estas novelas, cuesta *traumáticamente* asimilar, simbolizar y articular.

Bibliografía

- Aguado, Txetxu. *Tiempos de ausencia y vacíos. Escrituras de memoria e identidad*. Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto, 2010.
- André-Bazzana, Bénédicte. *Mitos y mentiras de la Transición*. Madrid: El Viejo Topo, 2006.
- Bonomi, Carlo. “Between Symbol and Antisymbol. The Meaning of Trauma Reconsidered”. *International Forum of Psychoanalysis* 12, 1 (2003): 17-21.
- Buell, Lawrence. “What We Talk about When We Talk about Ethics”. En *The Turn to Ethics*, editado por Marjorie Garber, Beatrice Hanssen y Rebecca L. Walkowitz, 1-14. New York: Routledge, 2000.
- Campubrí, Lino. *Engineers and the Making of the Francoist Regime*. Cambridge: MIT Press, 2014.
- Cercas, Javier. *Soldados de Salamina*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- Cicero, Marcus Tullius. *De oratore. Libre tres*. New York: Verlag, 1990.
- Comité Central del Partido Comunista de España. “Declaración del Partido Comunista de España. Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español”. 1956. Accedido 20 de enero de 2021. <https://www.filosofia.org/his/h1956rn.htm>.
- Derrida, Jacques. *Specters of Marx. The State of Debt, the Work of Mourning and the New International*. Traducido por Peggy Kamuf. New York: Routledge, 1994.
- Díaz Arenas, Ángel. *Introducción a la lectura de la obra narrativa de Manuel Vázquez Montalbán*. Kassel: Reichenberg, 1995.
- Díaz Navarro, Epicteto. *Ensayos sobre la narrativa española contemporánea (1989-2019)*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2019.

- Erice, Francisco. "Introducción". En *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, editado por Francisco Erice, 1-20. Madrid: Akal, 2021.
- Estrada, Isabel. "To Mauthausen and Back: The Holocaust as a Reference in Spanish Civil War Memory Studies". En *The Holocaust in Spanish Memory. Historical Perceptions and Cultural Discourse*, editado por Antonio Gómez L-Quñones y Susanne Zepp, 37-50. Leipzig: Simon-Dubnow-Institute für jüdische Geschichte und Kultur, 2010.
- Everly, Kathryn. *History, Violence, and the Hyperreal. Representing Culture in the Contemporary Spanish Novel*. West Lafayette: Purdue University Press, 2010.
- Finkelstein, Norman G. *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*. New York: Verso, 2000.
- Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer y Psicoanálisis y Teoría de la libido*. Traducido por Josefa Martínez González. Madrid: Verbum, 2021.
- Gómez L-Quñones, Antonio. "A Secret Agreement: The Historical Memory Debate and the Limits of Recognition". *Hispanic Issues on Line 11* (2012): 87-116.
- Gómez L-Quñones, Antonio. "La misma guerra para un nuevo siglo: textos y contextos de la novela sobre la Guerra Civil". En *Contornos de la narrativa española actual (2000-2009)*, editado por Palmar Álvarez Blanco y Antonio Dorca, 211-220. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2010.
- Gómez L-Quñones, Antonio. *La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2006.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. *Atmosphere, Mood, Stimmung. On a Hidden Potential of Literature*. Traducido por Erik Butler. Stanford: Stanford University Press, 2012.
- Hagedorn, Hans Christian. *La traducción narrada. El recurso narrativo de la traducción ficticia*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006.
- Hebenstreit, Maria. *La oposición al Franquismo en Puerto Sagunto (1958-1977)*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia, 2014.
- Huyssen, Andreas. *Twilight Memories. Markig Time in a Culture of Amnesia*. New York: Routledge, 2012.
- Huyssen, Andreas. *Present Pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford: Stanford University Press, 2003.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1992.
- Koselleck, Reinhart. *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. Traducido por Keith Tribe. New York: Columbia, 2004.
- Labanyi, Jo. "Engaging with Ghosts; or, Theorizing Culture in Modern Spain". En *Constructing Identity in Contemporary Spain. Theoretical Debates and Cultural Practices*, editado por Jo Labanyi, 1-13. Oxford: Oxford University Press, 2002.

- LaCapra, Dominick. *Representing the Holocaust. History, Theory, Trauma*. Ithaca: Cornell University Press, 2016.
- Leys, Ruth. *Trauma. A Genealogy*. Chicago: University of Chicago Press, 2010.
- Loureiro, Ángel. “Pathetic Arguments”. *Journal of Spanish Cultural Studies* 9, 2 (2008): 225-237.
- Löwy, Michael. *Reading Walter Benjamin's 'On the Concept of History'*. New York: Verso, 2005.
- Mariás, Javier. “Cuando fui mortal”. En *Cuando fui mortal*, 84-101. Madrid: Alfguara, 1996.
- Martín-Cabrera, Luis. *Spain and the Southern Cone beyond Market and State*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2011.
- McHale, Brian. “Change of Dominant from Modernist to Postmodernist Writing”. En *Approaching Postmodernism*, editado por Douwe W. Fokkema y Hans Bertens, 53-80. Amsterdams: John Benjamins Publishing Company, 1986.
- Morales, Manuel. “70 novelas al año sobre la Guerra Civil”. *El País*, 19 octubre 2018. https://elpais.com/cultura/2018/10/18/actualidad/1539877402_718909.html.
- Moreiras, Alberto. *Infrapolitics. A Handbook*. New York: Fordham University Press, 2021.
- Moreno Nuño, Carmen. *Haciendo memoria. Confluencias entre la historia, la cultura y la memoria de la Guerra Civil en la España del siglo XXI*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2019.
- Moreno Nuño, Carmen. *Las huellas de la Guerra Civil: Mito y trauma en la narrativa de la España democrática*. Madrid: Libertarias, 2006.
- Nietzsche, Friedrich. *The Use and Abuse of History*. New York: Cosimo Classics, 2010.
- Reig Tapia, Alberto. *La cruzada de 1936. Mito y memoria*. Madrid: Alianza, 2006.
- Robert, John L. *Trauma and the Ontology of the Modern Subject*. New York: Routledge, 2017.
- Rodríguez Rosique, Susana. “The Power of Inversion. Irony, from Utterance to Discourse”. En *Irony and Humor. From Pragmatic to Discourse*, editado por Leonor Ruiz Gurrillo y M. Belén Alvarado Ortega, 17-38. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, 2013.
- Scharm, Heike. *El tiempo y el ser en Javier Mariás. El Ciclo de Oxford a la luz de Bergson y Heidegger*. Amsterdam: Rodopi, 2013.
- Stone, Bryan. “Trauma, Reality, and Eucharist”. En *Post-Traumatic Public Theology*, editado por Stephanie N. Arel y Shelly Rambo, 37-62. Londres: Palgrave Macmillan, 2016.
- Stafford, Katherine O. *Narrating War in Peace. The Spanish Civil War in the Transition and Today*. Londres: Palgrave Macmillan, 2015.
- Subirats, Eduardo. *Después de la lluvia. Sobre la ambigua modernidad española*. Madrid: Temas de Hoy, 1993.
- Traverso, Enzo. *Left-Wing Melancholia. Marxism, History, and Memory*. New York: Verso, 2017.
- Vázquez Montalbán, Manuel. *El Pianista*. Barcelona: Seix-Barral, 1985.

Vila Sánchez, José Antonio. *Javier Marías. El estilo sin sosiego*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020.